

---

# *Doscientos años de resiliencia religiosa y cultural en torno a la imagen de la Virgen de Zapopan*

Armando González Escoto  
*Universidad del Valle de Atemajac*

## *El contexto*

El próximo año 2021 concurren dos efemérides en torno a la Virgen de Zapopan, por una parte, el segundo centenario de haber sido declarada Generala del ejército insurgente, el 13 de junio de 1821, con ocasión de la consumación de la independencia regional, y por otra el primer centenario de su coronación pontificia, ocurrida el 18 de enero de 1921, ambos acontecimientos celebrados en la catedral de Guadalajara. El presente trabajo, realizado con ocasión de estas efemérides, busca analizar el trayecto que la devoción a esta imagen de la Virgen María ha tenido en los últimos doscientos años, no tanto desde el aspecto estrictamente religioso, sino en su relación con las luchas políticas, ideológicas y culturales que los habitantes de Jalisco han librado ante la avalancha del centralismo y sus tácticas para imponerse como una versión uniforme de la historia del país que ignora y aún destruye las identidades regionales y la señalética en que estas identidades se venían construyendo desde el siglo xvi.

De los anteriores dos siglos, por lo menos ciento cincuenta años se han invertido con este objetivo, advirtiendo que lejos de ser una lucha ya histórica, se mantiene como una tensión viva hasta el momento presente. Al respecto es interesante aludir, aunque

sea sólo de paso, la relativa facilidad con que la comunidad regiomontana relegó a un plano muy secundario su antigua devoción a la imagen de la Virgen del Roble, cuya etiología incluía tanto el relato de una aparición como la elaboración de un mensaje, no obstante lo cual el culto se dejó erosionar gravemente como consecuencia de procesos similares a los vividos en el resto del país, y particularmente en Jalisco.

### *Los hechos*

Declarada y consumada la independencia de la Nueva Galicia, el 13 de junio de 1821, el ayuntamiento tapatío solicitó que la Virgen María, en su advocación de Zapopan, fuese declarada Generala del ejército insurgente, moción que fue aceptada por todas las autoridades pertinentes, procediéndose a los preparativos para la solemnización de dicho acto.<sup>1</sup> Justo dos años después, el 21 de junio de 1823, las autoridades políticas de la nueva entidad declararon a la Virgen, en esta misma imagen, como protectora universal del Estado libre de Jalisco.<sup>2</sup>

Dato inicial que no debe pasar inadvertido, pese a la emblemática usada por Hidalgo y Morelos, es decir, la imagen guadalupana, los nacientes jaliscienses marcaron sus términos y no se plegaron a las banderas del centro, cerrando cualquier posibilidad en ese sentido y en ese momento de diáfana lucidez cultural.

No tenemos a la mano ningún testimonio directo que nos explique el por qué de estas decisiones por parte de quienes las tomaron en ese lejano tiempo, fuera de las razones circunstanciales. Existen, desde luego, todas las actas que consignaron los acuerdos al respecto y los pasos a seguir para llevar a cabo dichas declaraciones con las ceremonias de la época, pero para averiguar las motivaciones profundas debemos más bien atenernos a testimonios previos documentados.

1. Los documentos originales, actualmente en restauración, se ubicarán en la sección “secretaría”, subsección “visitas de la Virgen de Zapopan” en el Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Guadalajara (en adelante AHAG).
2. Luis Pérez Verdía. *Historia particular del Estado de Jalisco*. 2ª ed. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 1952, t. II, p. 264, el autor incluye, erróneamente, en esta declaración, la del generalato, que había sido previa.

3. Matías de la Mota Padilla. *Historia de la conquista del Reino de la Nueva Galicia*. Guadalajara: Talleres gráficos de Gallardo y Álvarez del Castillo, 1920, p. 449 y ss.

4. AHAG, sección “secretaría”, subsección “visitas de la Virgen de Zapopan”.

5. Todos los documentos fueron publicados en Fray Luis de Palacio. *Interesantísimos documentos, casi todos inéditos, relativos a Nuestra Señora de Zapopan*. Guadalajara, 1921.

De esos testimonios previos deducimos por lo menos dos motivaciones importantes: por un lado el aspecto de la certeza devocional, por el otro, el importante asunto de la identidad regional. Me refiero específicamente a lo que a mediados del siglo XVIII escribió el historiador tapatío Matías de la Mota Padilla que, hablando de las devociones novohispanas, cierra su discurso con un “y nosotros tenemos”, me detengo en la frase porque es un “nosotros” identitario que acaso por primera vez, al menos de manera documental, establece una estrecha relación entre la región entonces llamada Nueva Galicia y la imagen de la Virgen de Zapopan.<sup>3</sup>

Ya en 1691 el obispo Santiago de León Garabito había publicado un decreto para que esta imagen de la Virgen María se trajera a Guadalajara, asolada en ese momento por fuertes y continuos temblores.<sup>4</sup> El dato pudiera pasar inadvertido si se olvida que ante situaciones problemáticas la gente de esos años procedía a organizar un sorteo; en una urna se colocaban papeletas con los nombres de diversos santos y advocaciones, enseguida, luego de hacer alguna oración, la persona considerada más digna sacaba una papeleta en la creencia de que el nombre ahí escrito designaba providencialmente a que santo debería pedirse su intercesión ante determinada necesidad. No sucedió así en este caso, lo cual revela que la imagen de Zapopan tenía ya una devoción acendrada en el vasto obispado, y era el propio obispo el primero en reconocerla.

En 1734 los regidores del Ayuntamiento de Guadalajara habían hablado de esta misma imagen como un recurso bien aquilatado, razón por la cual se procedió a jurar el patronato de Nuestra Señora de Zapopan sobre la ciudad de Guadalajara, contra epidemias, rayos y tempestades,<sup>5</sup> y así podríamos seguir citando en retrospectiva diversos testimonios que explican los hechos de 1821-1823, y suponer con base en esos datos que las decisiones tomadas en esas fechas lo mismo demostraban la fidelidad devocional

que, de manera particular, la fidelidad regional, el compromiso por salvaguardar la identidad cultural frente al reto que significaba un nuevo estatus, donde el poder absorbente del centro estaba ahora no en la lejana ciudad de Madrid, sino en la cercana ciudad de México.

No se trataba ciertamente de solo fidelidad cultural, junto a la identidad que produce la cultura estaba otra amplia serie de intereses legítimos que la naciente sociedad jalisciense buscaba salvaguardar en orden a su progreso en todos los campos, así el económico, el comercial, el educativo, etc., y que elocuentemente se expresaron en el bando publicado el 21 de junio de 1823 por la Diputación Provincial,<sup>6</sup> fruto del pensamiento regional que ya desde 1821 se había decantado a favor del federalismo, convirtiendo a nuestra entidad en el adalid de este sistema, aunque no siempre quienes vinieron después hubiesen sido capaces de entenderlo y sostenerlo.

### *Un siglo de rupturas*

Consumada la independencia y definido el sistema político que se buscaba implementar, el problema fue establecer el tipo de democracia y el tipo de república. Triunfó nominalmente el sistema federal, en 1823, y comenzó entonces una larga lucha, todavía inconclusa, que hizo que federalismo y centralismo se sucedieran uno al otro por varias décadas. Lucha inconclusa también a la hora de entender la aplicación concreta del proyecto federal, los matices, la solidez de las fronteras en lo esencial y su versatilidad en lo cotidiano.

Estas luchas desgastantes que cubren la mayor parte del siglo XIX nacen por el choque de las intenciones reales, no tanto por los discursos oficiales o la pureza de las leyes. Por lo mismo, México tuvo gobiernos federales que en todo se atenían a las directrices centralistas, y gobiernos centralistas todavía más centralistas, estos hechos hacen de esa

6. Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 264.

parte de nuestra historia un carnaval trágico, cuyo común denominador fue la permanente negativa de los nuevos líderes e ideólogos para aceptar la realidad tal cual era y, en cambio, dar paso a una permanente lucha de contrastes que pocas veces ha conocido una síntesis creadora.

Los virreinos americanos no fueron gobiernos centralistas, sino un equilibrio entre unidades amplias y autonomías regionales, una combinación de lo que en España eran los reinos autónomos de Castilla, y los virreinos centralistas de Aragón. Virreinato y Audiencia fueron las estructuras que en la América española generaron esa combinación. En la Nueva España las audiencias de México, Guadalajara y Guatemala establecieron el camino regionalizador y autonómico que produjo la rica diversidad de culturas que a la fecha perviven. El federalismo fue un intento por mantenerlas a flote, y el centralismo el esfuerzo permanente por anularlas en favor de una patria uniformada y centralizada desde la ciudad de México, objetivo respaldado no solamente por cuestiones doctrinales sino por toda una gama de intereses y por la patológica tendencia de nuestros gobernantes a seguir siendo monarcas absolutos.

En favor del centralismo se ha denunciado una y otra vez la tendencia al regionalismo caciquil, so pretexto del federalismo, y la amenaza de la segregación de la patria, de una patria metafísicamente considerada olvidando, como es lógico, que la unidad de la nación no nace de un designio, sino de un pacto condicionado; no de un proceso uniformador, sino de un proceso que integra la diversidad natural y valiosa de las regiones en la unidad de proyectos; no de cultura, se olvida igualmente que el gobierno federal no es el patriarca ancestral que viene y resuelve los problemas de la familia dispersa, sino un regulador de las relaciones entre los estados soberanos para el provecho de todos.

Del modo que sea, el hecho es que a lo largo del primer siglo independiente todo el esfuerzo se orientó

a inutilizar el federalismo e imponer el centralismo, aun con la bandera del federalismo.

Esta imposición se atuvo la mayor parte del tiempo al uso de las armas, pero cada vez con mayor evidencia se acudió al recurso de la educación ideológica nacionalista, tanto escolar como cívica. Creo conveniente recordar en este punto que una cosa es la nacionalidad y otra muy distinta es el nacionalismo ideológico.

En lo que mira a nuestro trabajo, parto de una premisa, la imagen de la Virgen de Zapopan fue el icono y uno de los principales termómetros de la soberanía regional, de tal manera que la oscilación de su culto tuvo siempre que ver con la oscilación de la autonomía estatal en términos culturales. Por lo mismo, los defensores del nacionalismo centralista vieron en esta devoción un obstáculo para el exitoso cumplimiento de sus fines, entablándose una verdadera lucha, por lo general, sorda, entre los símbolos nacionalistas y los símbolos regionales.

La devoción a la Virgen de Zapopan se mantuvo muy viva, por lo menos hasta 1867, si bien sufriendo los avatares de las numerosas guerras, sitios, asonadas, golpes de estado y luchas civiles que durante ese periodo se desarrollan, y de las cuales siempre surgió como un combatiente esforzado y exitoso. En la medida que la sociedad conservó su identidad, su arraigo histórico y su compromiso con la defensa de su soberanía, la devoción pervivió, pese a que ya en estos años el nacionalismo político se había abanderado en el nacionalismo religioso, volviéndose más fuerte y amenazante.

### *El embate del nacionalismo religioso*

En 1867, al triunfar definitivamente las leyes de reforma, el culto zapopano pudo haber sufrido su primera gran afectación, pues al prohibirse las procesiones públicas, el culto de la imagen de la Virgen podría haber quedado confinado a su pueblo,

7. Fray Luis de Palacio. *Recopilación de noticias que se relacionan con Nuestra Señora de Zapopan*. t. v, p. 132 [manuscrito inédito en Archivo histórico de la Basílica de Zapopan].

un pueblo aislado por el cual no pasaba ninguna vía de comunicación importante, fuera del cercano camino de San Blas. De este confinamiento geográfico le había sacado la tradición virreinal de las visitas anuales a los templos de Guadalajara, capital del Reino y sede de la Audiencia, visitas que, de manera eventual, habían iniciado en el siglo xvii, pero que ahora podían sucumbir.

Fue el cabildo eclesiástico quien salvo la situación, al decretar que la visita anual se mantenía, por más que los traslados procesionales públicos dejaran de realizarse. La imagen pasaba de un templo a otro en privado, dentro de un carruaje cerrado, llevando a la misma imagen de la Virgen dentro de una urna igualmente cerrada.<sup>7</sup>

Pero la verdadera crisis comenzó con el afianzamiento del porfiriato y su integral política centralista, la cual contó con el apoyo decidido y entusiasta de los obispos mexicanos cada vez más convencidos de que don Porfirio era el hombre providencial, y lo fue en muchos aspectos, si bien supo aprovechar sus éxitos en diversos y variados campos de la vida nacional, a favor de un sistema que favoreciera su permanencia en el poder, y ese sistema era desde luego el centralismo, que a la postre puso en su mano el poder de decisión en todos los estados del país, en los tres poderes y en los tres niveles de gobierno.

La política centralista no de un partido sino de un presidente cada vez más fuerte se hizo apabullante en todos los órdenes de la existencia, dado que exigía que todas las instancias colaboraran desde su propio ámbito a fortalecerlo. La fuerza de la religiosidad representaba un ariete de enorme importancia, siempre y cuando fuese utilizado a favor de este proceso centralizador y uniformista, y el gobierno lo aprovechó ampliamente moviendo sus hilos desde atrás del telón.

Por otra parte, el presidente Díaz, sobre todo a partir de su segundo periodo, venía impulsando un

proceso de conciliación con la Iglesia que le permitía a ésta reconstruirse, no obstante la vigencia oficial de las leyes de reforma. Desde luego los obispos mexicanos eran muy sensibles a esta condescendencia del señor presidente, y convencidos por el lado luminoso del centralismo dieron todo su apoyo al proyecto, haciendo del guadalupanismo el recurso “providencial” para alcanzar la “unidad” de la patria.

El guadalupanismo tal y como lo conocemos hoy es, en efecto, producto de una extraordinaria campaña de difusión que, con base en sermones, catecismos, discursos y decretos, acabó siendo la devoción por excelencia del país, algo que no había sucedido en los siglos virreinales. Si alguien hoy se admira de que no haya un solo lugar de México donde esta imagen no tenga por lo menos una mínima capilla, o de que su fiesta anual sea celebrada por todos los rincones del país, su admiración va en proporción con su desconocimiento de la historia, justamente de esta historia de “éxito” que arrancó de la era porfirista, por más que ya se apuntalaba en este sentido desde que el monopolio de la guerra de independencia lo tuvo la Audiencia de México, no la de Guadalajara ni la de Guatemala.

Para la gran mayoría de obispos y sacerdotes, guadalupanizar al país era sinónimo de unir a la nación en la fraternidad e incluso vincularla con los demás países de América Latina,<sup>8</sup> de hacerla fuerte y victoriosa, pero debían enfrentar, en no pocas regiones, la oposición, sobre todo pasiva, de sociedades católicas identificadas con otras imágenes religiosas. Desde luego no era cuestión de abatir abierta y directamente una devoción para que triunfara otra. El camino más socorrido fue promover el guadalupanismo dejando en el olvido las devociones locales, y lo hicieron hasta donde les fue posible. El verdadero y sorprendente milagro es cómo fue que esas otras devociones, ahora relegadas a segundos planos, sobrevivieron hasta el presente pese a una tan poderosa campaña guadalupana.

8. El concepto lo expresa el arzobispo Alarcón, en la carta pastoral enviada con motivo de la coronación pontificia de la Virgen de Guadalupe. Mariano Cuevas. *Historia de la Iglesia en México*. México: Cervantes, 1942, t. V, p. 415.



9. J. Ignacio Dávila Garibi. *Apuntes para la historia de la Iglesia de Guadalajara*. México: Cvltvra, 1966, t. 5, vol. 2, p. 1140.

10. Ignacio Dávila Garibi. *El culto guadalupano en lo que fue la Nueva Galicia*. México: Librería S. Ignacio, 1948.

En 1869 llegó Pedro Loza y Pardavé a Guadalajara, como su nuevo arzobispo; originario de la ciudad de México y extremado guadalupano.<sup>9</sup> Gobernó la arquidiócesis por los siguientes veintinueve años y fue, en su momento, uno de los connotados obispos porfiristas de la época, con la discreción que solían mostrar la mayoría de los eclesiásticos.

Durante las casi tres décadas al frente de la mitra tapatía, podría decirse que Pedro Loza se dedicó por entero a guadalupanizar el territorio de una arquidiócesis que rebasaba los límites de Jalisco, un estado que en ese siglo se había destacado justamente por su autonomía y por la defensa del federalismo; un estado donde además existían, desde los tiempos de la evangelización por lo menos, tres santuarios marianos de mucho arraigo; una región donde la Iglesia no reconocía tener su origen en los sucesos del Tepeyac, sino en otro tipo de hechos y trayectorias, como bien lo reconoció el historiador tapatío Ignacio Dávila Garibi, cuando la presión guadalupana lo obligó a desarrollar una conferencia sobre el culto guadalupano en la Nueva Galicia, dejando un documento que sigue siendo ejemplo de diplomacia y acrobacia histórica, cuando se tiene que decir justo lo contrario a lo que la audiencia espera escuchar.<sup>10</sup> Pero no fue solamente lo que el arzobispo hizo o dejó de hacer, sino sobre todo la inercia que heredó a la posteridad, y en especial la alteración, hasta ahora permanente, en la jerarquía que las devociones religiosas ocupan en la mentalidad de la sociedad.

Si expusiéramos las acciones de Pedro Loza en dos columnas, a la izquierda todas las iniciativas oficiales y arquidiocesanas que el arzobispo hizo a favor del guadalupanismo y a la derecha todas las acciones oficiales y arquidiocesanas que hubiere hecho a favor del culto original de la Virgen de Zapopan, la columna de la derecha simplemente parecería vacía, excepto por dos decisiones: determinar que la visitas de la Virgen de Zapopan a las

parroquias no tuviera carácter festivo sino penitencial, y prohibir la romería de Zapopan en 1895.<sup>11</sup>

El arzobispo Pedro Loza, en efecto, desarrolló diversas iniciativas con todo el peso de su autoridad a favor del guadalupanismo:

-Fortalecer la norma por la cual los católicos quedaban obligados a asistir a misa el 12 de diciembre, bajo pena de pecado mortal, obligándose también a suspender las labores.

-Transformar la capilla original que desde 1782 tenía en Guadalajara la virgen de Guadalupe, para constituir la en un santuario atrayente, así fue que mandó hacerle cruceros y añadirle una enorme cúpula, como hoy día lo vemos. De igual manera dispuso que el antiguo reloj de la catedral se colocara en la fachada del santuario, a la vez que renovó toda su decoración interior, incluido el sobrecargado trono que alberga la imagen.

-Estableció igualmente que todas las parroquias de la ciudad debían acudir anualmente en peregrinación a dicho santuario.

Esta misma obligación debía tenerla el presbiterio.

-Se organizaron también peregrinaciones al Tepeyac, pero para quienes no pueden hacerlo físicamente se les organizan “peregrinaciones espirituales”.

-Decretó que los días 12 de cada mes se debía cantar una solemne salve a la virgen de Guadalupe en todas las iglesias de la arquidiócesis.

-Se promovió con todos los recursos la “entronización” de la virgen de Guadalupe en todos los hogares, de modo que no hubiera uno solo en que no ocupara el principal sitio esta imagen.

-Dado que la colegiata de Guadalupe, en México, solía estar siempre en reparación, el arzobispo decretó la llamada colecta del centavo, para que toda la gente coopera constantemente en esa obra.

-De igual manera decretó que en todos los templos del arzobispado se erigiera un altar dedicado a la virgen de

11. José María Muriá (dir.). *Historia de Jalisco*. México: Gobierno de Jalisco, 1982, t. IV, p. 76.

12. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia...*, p. 1187 y ss.

13. *Ibid.*, p. 1279.

14. El periódico *El Regional*, de Guadalajara, proporciona esta lista al enumerar a familias tapatías destacadas que participaban en la romería del 5 de octubre de 1909.

Guadalupe, sustituyendo muchas veces a otras imágenes, o empotrando los cuadros sobre nichos. La medida llevó igualmente a la edificación de santuarios guadalupanos en las poblaciones rurales, o por lo menos capillas o ermitas.<sup>12</sup>

Toda esta serie de iniciativas edilicias, litúrgicas y devocionales, fueron luego sostenidas por la constante formación catequética de la comunidad que debía aprender un catecismo guadalupano. Durante el gobierno del arzobispo Loza toda celebración, circunstancia o suceso era ocasión para incluir a la Virgen de Guadalupe y a su santuario, lo mismo si se trataba de sepultar los restos del anterior prelado que, incluso, al promoverse la consagración de la provincia eclesiástica al Sagrado Corazón, en 1897, iniciativa que se aprovechó para insistir en el proceso guadalupanizador.<sup>13</sup>

El guadalupanismo de Loza, y su contacto inmediato y constante con las altas clases sociales de Guadalajara, produjo el fenómeno de que poco a poco la devoción de la Virgen de Zapopan se fuese viendo como cosa del “pueblo”, donde la palabra “pueblo” tenía un sentido despectivo. En principio, la élite se volvió guadalupana, pero no toda, sino la de reciente arribo. Las familias que además de dinero tenían raíces culturales tapatías perseveraron en su devoción original, por ejemplo las familias Cañedo, Martínez Negrete, Vizcarra, Fernández, Castaños, Vereá, Remus, Orozco, Quevedo, García Sancho, Riestra, Somellera, etc.<sup>14</sup> Ciertamente que los colegios particulares tuvieron una notable importancia en este punto, pues estando atendidos por congregaciones religiosas integradas por miembros venidos de todas partes, apostaron más a fortalecer el guadalupanismo que las devociones regionales.

Deberá entenderse que el arzobispo Loza no hizo nada significativo a favor de restablecer las antiguas procesiones públicas en que se llevaba la imagen de la Virgen de Zapopan de un templo a otro, ni mucho menos rescatar la romería del retorno de la Virgen,

que la gente mantuvo contra viento y marea, aun si el arzobispo prohibiera que en esa romería se llevara la imagen de la Virgen, como un recurso despiadado para desalentar tanto la participación como la misma devoción.

### *Las secuelas*

La jerarquía eclesiástica del siglo xx continuó con el empeño de divulgar con todos los recursos la devoción guadalupana, adquiriendo cada vez más fuerza, sobre todo en las poblaciones rurales de Jalisco, algunas de las cuales, ya desde fines del siglo xix, habían cambiado su fiesta patronal original por la Virgen de Guadalupe, como La Barca y Atotonilquillo; y a principios del siglo xx, Tapalpa. Contemporáneamente muchas de las antiguas capillas de los hospitales de indios, que habían estado dedicadas a la Purísima Concepción, dejaron este título por el de Guadalupe, como se puede constatar hasta la fecha, mientras en otras poblaciones se construían santuarios guadalupanos o ermitas en los cerros, siempre bajo la iniciativa de los sacerdotes.

Los años posteriores a la persecución religiosa de 1926-1929 se distinguieron, de manera peculiar, por un enorme fervor guadalupano sostenido tanto por la herencia del pasado siglo como por la influencia de un presbiterio formado en el ambiente de un nacionalismo religioso bastante fuerte, mismo que sostenía las iniciativas establecidas al respecto, a la vez que originó otras nuevas. En esta obra jugaron importante papel las organizaciones seculares, en especial la Acción Católica, organización que se distinguió por ser el brazo derecho de la jerarquía eclesiástica.

En el ínterin, el santuario de Zapopan quedaba al margen de iniciativas semejantes. Lo que a su favor se haya hecho hay que buscarlo más bien en la persistencia de la comunidad y en la iniciativa de líderes laicos y los propios franciscanos, tratándose

sobre todo de algunas obras materiales significativas, como fue la restauración del interior del santuario, que permanecía devastado desde los tiempos de la reforma, o la construcción de las actuales torres. No obstante, todo el peso del poder estructural de la Iglesia estaba a favor del guadalupanismo, hasta en los espacios interiores del convento de Zapopan.

Desde luego, no sólo buena parte de la comunidad mantuvo su devoción original por la Virgen de Zapopan, también lo hicieron numerosos presbíteros de distinta jerarquía, de ahí que, a la muerte de Pedro Loza, y luego del breve episcopado de menos de un año de don Jacinto López, con la llegada del arzobispo michoacano Jesús Ortiz, se modificó la actitud oficial de la arquidiócesis con respecto a la devoción mariana originaria, misma que se mantuvo positivamente estable hasta la conclusión del gobierno episcopal del cardenal Juan Sandoval.

*La resiliencia cultural  
y la resistencia pacífica*

Entretanto, la comunidad regional había tenido su primera experiencia de lo que hoy se llama resiliencia, es decir, la capacidad de resistir y perseverar teniendo en contra no solamente las leyes o las actitudes de los gobernantes, sino a la propia autoridad episcopal. Gracias al compromiso y a la fuerza del cabildo eclesiástico se mantuvieron las visitas anuales de la Virgen, como ya se dijo, pero cada vez con mayor número de restricciones para evitar el acompañamiento de la gente, por lo mismo no se avisaba nunca ni que día ni a qué hora la imagen pasaba de un templo al otro. De la misma manera se procedía para el regreso de la imagen a Zapopan, sin que mediara aviso a la comunidad, la imagen era devuelta a su santuario a fines de septiembre, o a inicios de octubre, el día menos pensado, y si la gente advertía el movimiento y se congregaba para acompañarla, se cambiaba la ruta de regreso, es

decir, en lugar de seguir el camino de los Colomos, el carruaje seguía la ruta larga de Zoquiapan. El padre Manuel Portillo, párroco de Zapopan en 1888 dejó una crónica del deterioro que había sufrido esta antigua tradición.<sup>15</sup>

Ante este tipo de acciones la gente decidió mantener una romería a Zapopan en la fecha tradicional en que siempre se había tenido, el 5 de octubre, contado que para esa fecha la imagen ya había sido devuelta a su santuario. Esta postura de la comunidad hizo que entonces la autoridad eclesiástica decidiera que el regreso de la Virgen, siempre oculto, se tuviera después del 5 de octubre. Nada de eso impidió que la ciudad peregrinara a Zapopan el 5 de octubre, aun si la imagen venerada todavía seguía en Guadalajara. En 1895 Pedro Loza prohibió esta romería del 5 de octubre, como arriba se dijo, solo que la gente se dio el derecho de no hacerle caso.

Que a pesar de los muchos años de por lo menos indiferencia de la autoridad episcopal hacia esta devoción, empresa y gobierno civil locales hayan decidido unir Guadalajara con Zapopan por medio del novedoso tranvía, habla de lo rentable y solicitado de la ruta en una época en que el único atractivo de Zapopan era su santuario.

En los primeros veinte años del siglo xx, bajo el gobierno episcopal de don Jesús Ortiz, la comunidad regional obtuvo notables logros en el rescate de su antigua devoción, aun si todavía hasta 1908 la llevada de la Virgen se hacía a escondidas, tratando de burlar la devoción de la gente, situación que se modificó a partir de 1909,<sup>16</sup> cuando la romería de Zapopan volvió a contar con la presencia de la imagen de la Virgen, las visitas a las parroquias volvieron a ser festivas, los acompañamientos públicos se sucedieron, congresos católicos regionales o nacionales celebrados en Guadalajara incluyeron peregrinaciones al santuario de Zapopan.

La llegada del arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, en 1913, también originario de Michoacán,

15. Manuel Portillo. *Apuntes histórico-geográficos del Departamento de Zapopan*. ed. facsimilar. Zapopan: Ayuntamiento de Zapopan, 1989, pp. 194-195.

16. *El Regional*. Guadalajara, 5 de octubre de 1909.

17. Antonio Gómez Robledo. *El Maestro*. Guadalajara: Imprejal, 2001, p. 69 y ss.

18. Dado que las manifestaciones eran un derecho reconocido por la Constitución, y no así las peregrinaciones, Anacleto González organizaba “manifestaciones” a Zapopan.

fortaleció esta actitud de resistencia católica, y fue entonces que se rescató una iniciativa que había sido ignorada durante el periodo de Pedro Loza: la coronación pontificia de la imagen zapopana.

Este acontecimiento, sin embargo, sucedió no en los tiempos felices de la conciliación porfirista, sino en el periodo dramático de la revolución y sus secuelas. El acto fue también la coronación de otro singular fenómeno en nuestra historia regional, el movimiento de “resistencia pacífica” que, en 1918, inauguró Anacleto González Flores. Se trató de un movimiento pionero que nunca antes había sucedido en México y que además tuvo éxito, pues luego de ocho meses de acción logró su objetivo: que el congreso estatal abrogase el decreto por el cual codificaba algunas de las leyes consideradas persecutorias, promulgadas en la constitución de 1917.<sup>17</sup>

El movimiento pacifista de González Flores había logrado, además, unir a la gran mayoría de los habitantes de Jalisco en un único propósito, la libertad religiosa, generando de paso una organización ciudadana sin precedentes, donde las “manifestaciones”<sup>18</sup> que se organizaban al santuario de Zapopan tuvieron un especial impacto en esta recuperación de la identidad religiosa local. Todo confluyó finalmente en el gran acontecimiento de la coronación pontificia de la imagen de la Virgen, el 18 de enero de 1921. Sin duda que este acto tuvo una fuerte repercusión en la vida religiosa del estado, pues grupos de personas de todos sus municipios se hicieron presentes durante el novenario previo y en el día mismo de la coronación, como puede observarse en el álbum conmemorativo que se publicó posteriormente.

### *Volver a empezar*

Pasados los estragos de la guerra cristera y de todas las luchas generadas por el caudillismo, el gobierno federal, en la persona de Manuel Ávila Camacho,

consideró llegada la hora de una reconciliación nacional.<sup>19</sup> Nuevamente, como había sucedido en los primeros años del porfiriato, el episcopado mexicano aceptó la propuesta, entendiéndola otra vez como una reedición del nacionalismo uniformista y centralizador guadalupano. En la arquidiócesis de Guadalajara este proyecto debió equilibrarse relativamente con la devoción local zapopana que había salido muy fortalecida de todos los conflictos señalados.

Por esos años los obispos mexicanos se comprometían a sostener una ideología religiosa que se sobre centralizaba peligrosamente en la Virgen de Guadalupe, desdibujando incluso la figura fundamental de Cristo, un proceso que ha seguido creciendo hasta el presente y que ha acallado cualquier tipo de cuestionamientos o de críticas razonables surgidas desde dentro de la propia Iglesia.

El resultado de esta nueva ideologización religiosa fue dar sitio a numerosas generaciones de sacerdotes para los cuales la imagen guadalupana era primera y principal, no se podía ni escribir ni predicar de ninguna otra advocación si antes no se mencionaba a la Virgen de Guadalupe, e incluso hechos de la historia local serían releídos libremente desde el llamado hecho guadalupano, por ejemplo, decir que el mensaje de fray Antonio de Segovia, durante la pacificación de 1541-1542, era justamente anunciar que “la Virgen se había aparecido en el Tepeyac para que todos viviéramos en paz”,<sup>20</sup> algo imaginado por el ferviente predicador que consideraba impropio hablar de la Virgen de Zapopan sin antes mencionar a la de Guadalupe, fantasiosamente imaginada como la fuente y el origen de toda otra devoción.

Por su parte, el nuevo arzobispo, José Garibi Rivera, tapatío de origen, pero ya de cultura religiosa mixta, si se vale la expresión, trató de conciliar el guadalpanismo, ya posicionado, con la devoción de la Virgen de Zapopan. Fue bajo su gobierno que las antiguas tradiciones relacionadas con esta imagen

19. *Historia General de la Iglesia en América Latina*. México: Sigüeme-Paulinas, 1984, t. v, p. 339.

20. Sermón predicado por el Sr. Cura Enrique Luna en la parroquia del Sagrado Corazón, centro, en Guadalajara, 22 de septiembre de 1971.



se restablecieron con toda su conocida vitalidad. En lo relativo al restablecimiento de la visita anual de la Virgen a los templos de la ciudad, fue muy importante la labor del padre Figueroa Luna y del laico Miguel Alfaro, quienes se hicieron cargo de esta tarea los primeros años de la restauración pero, además, sustituyeron de manera definitiva el uso del tradicional carruaje de caballos por el del automóvil, reemplazado éste a finales del siglo xx por el uso de una camioneta especialmente acondicionada para el traslado de la imagen.

Durante el episcopado del señor Garibi, la antigua devoción de la Virgen de Zapopan logró restaurarse plenamente, pero también recrearse, innovarse, adaptarse a las nuevas condiciones de la modernidad, como puede observarse en el desarrollo que tienen sus festividades. También fue durante esa época que el santuario fue elevado a la categoría de basílica, se le hizo una nueva restauración interna, se fundó la Guardia de Honor de Nuestra Señora de Zapopan, se sustituyó el antiguo piso de madera por el actual de mármol, y el de barro del atrio, por el que hoy luce en cantera. Contemporáneamente se remodeló una y otra vez la plaza y el jardín frente a la basílica hasta llegar a la actual explanada que ofrece una vista escénica completa del conjunto arquitectónico conformado por la basílica y su convento.

En los últimos años del señor Garibi, interpretaciones erróneas o extralimitadas de los documentos del Concilio Vaticano II provocaron una nueva etapa de agresión y descalificación de la devoción a la Virgen de Zapopan, tanto por parte de sacerdotes diocesanos, algunos de ellos maestros del seminario, y de sacerdotes franciscanos, entre los años 1965 y 1979. Esta postura crítica condujo a que algunos clérigos solicitaran al Delegado Apostólico la supresión de la romería del 12 de octubre. Ante la sorpresa de semejante iniciativa, el cardenal Salazar invitó al Delegado a participar en la romería para que él mismo formara su propia opinión, lo cual

sucedió en 1973. La visita del Papa Juan Pablo II a la basílica de Zapopan, en enero de 1979, produjo una matización de los prejuicios que se venían generando.

No obstante, el afán de dar a la imagen guadalupana el sitio más alto en la visual de la comunidad llevó a establecer la norma informal, pero seguida por todos, de ubicar esta imagen en los mismos altares mayores de capillas y parroquias, decisión que tomó la comisión de arte de la arquidiócesis tapatía a partir de 1987, fortaleciendo así el mensaje poco histórico, pero muy ideológico, de que la fe católica mexicana había nacido en el Tepeyac. Mientras tanto aumentaba también el número de parroquias y templos dedicados a la Virgen de Guadalupe, hasta crear una verdadera confusión que llevó a idear nuevos y extraños nombres para justificar el mismo resultado, así “Reina de los mártires mexicanos”, “Evangelizadora de América”, “Quinta aparición”, “Virgen de las rosas”, “Nuestra Señora del Tepeyac”, “Virgen de Guadalupe modelo de evangelización”, etc., etc.

¿Dónde quedaba la conciencia histórica religiosa regional? Nuevamente en un lejano segundo sitio que carece de presencia habitual en la vida de las parroquias. Lo importante sigue siendo mantener la ideología centralista para que la sociedad siga igualmente creyendo que su ser y su origen dimanan del centro político del país, junto con los mitos absurdos concomitantes, como el de la raza mexicana, la conquista, el pasado azteca del país, y su simbología convertida en la única posible.

### *El ámbito intelectual*

Hasta el siglo XVIII, los diversos escritores, cronistas o historiadores, locales y foráneos, no dejaron de reportar noticias y datos que seguían testificando y, a la vez, construyendo la trayectoria del símbolo llamado Nuestra Señora de Zapopan. El siglo XIX, significado fundamentalmente como un siglo de

rupturas positivas y negativas de toda índole, no fue un espacio propicio para que los jaliscienses reflexionaran sobre su historia o el momento que vivían, sino para defender principios patrimoniales o nuevas propuestas. Pero cuando vino el asentamiento, durante el porfiriato, nuestros pensadores o avalaban la patria ideologizada desde la política o la avalaban desde la religión, y en uno y otro caso, el antiguo celo por lo propio, por la identidad, por la cultura regional se eclipsó o se redujo a un instrumento para presionar al centro a favor de intereses privados.

En lo que a la Virgen de Zapopan se refiere, llama mucho la atención, pero no sorprende, dadas las circunstancias ideológicas dominantes, la poca atención que nuestros escritores le dedicaron, inercia que llegó hasta mediados del siglo xx, exceptuando los trabajos, en el siglo xix, de Francisco Frejes y el renglón que le dedicó Luis Pérez Verdía, y para el siglo xx, la obra colosal de fray Luis de Palacio y las constantes menciones de Dávila Garibi a lo largo de sus “apuntes” para la historia de la arquidiócesis de Guadalajara. Para Mariano Bárcena, Agustín de la Rosa, Agustín Rivera, Alberto Santoscoy, Luis Páez Brotchie, Leopoldo Orendáin, Arturo Chávez Hayhoe, que tanto escribieron sobre la ciudad y sus costumbres, seculares y religiosas, ni la imagen de la Virgen de Zapopan, ni sus fiestas, existen. José Cornejo Franco menciona algunos datos históricos en cuatro renglones sumados, mientras que Ricardo Lancaster Jones publicó un estudio interesante en el libro conmemorativo del iv centenario de la fundación del obispado de Guadalajara.

Las diversas historias de Jalisco que han circulado en los últimos años son igualmente parcas, esto se debe, en parte, por una tendencia discutible a dividir la historia humana en lo civil y lo religioso, como si en la vida real de las sociedades esto sucediera. Se halla igualmente ausente el esfuerzo sintetizador que a partir de la constancia de los datos puede llevar a propuestas interpretativas a la hora de advertir

las trayectorias y sus efectos a lo largo de tales o cuales periodos históricos. Hubo que esperar hasta la segunda mitad del siglo xx para que este tipo de vacíos, omisiones u olvidos, comenzaran a superarse, no tanto por obra de los historiadores, cuanto de los sociólogos. En cambio, la presencia de la Virgen de Zapopan en todos los periódicos del siglo xx, y ya en algunos del siglo xix, era una constante que ha sido poco explorada pero que contiene una enorme riqueza informativa.

### *Nuevas conquistas*

¿Por qué a pesar de todos los esfuerzos, de todo el poder y los recursos empleados, el espíritu regional nunca ha sido por completo abatido, sino que ha logrado sobrevivir a través de estos dos últimos conflictivos siglos? En 1987 los sacerdotes tapatíos Antonio González Cornejo y Agustín Soltero Horta, luego de una publicación aparecida en el *Boletín Eclesiástico*, reaccionaron y solicitan al cardenal Salazar que la Virgen María, en su título de Zapopan, fuera declarada patrona de la arquidiócesis de Guadalajara, esto porque en principio la arquidiócesis había quedado sin patronos de culto vivo, como sería el caso del apóstol Santiago, patrono de esta entidad eclesiástica desde el siglo xvi, pero que con la independencia había venido a menos. La Virgen de San Juan de los Lagos, había sido declarada patrona secundaria de la arquidiócesis en 1958, pero catorce años después, al crearse la diócesis de San Juan, su santuario vino a quedar fuera de la jurisdicción de Guadalajara, de ahí que se hablara de esta ausencia de patronos por una o por otra razón.

El título que se buscaba dar ahora a la Virgen de Zapopan tenía una importancia singular, ya que todos los anteriores títulos otorgados a esta imagen mariana habían sido de carácter civil, excepto el patronato sobre la ciudad de 1734. Este nombramiento sería el primero de carácter estrictamente eclesiástico y

enmarcaría formalmente esta antigua devoción en la vida oficial de la estructura diocesana. Puesto que el cardenal Salazar ya había renunciado al gobierno pastoral, dejó los trabajos de esta iniciativa a su sucesor. En 1988, luego de consultas y estudios unánimemente aprobatorios, el arzobispo Juan Jesús Posadas Ocampo solicitó a la Santa Sede que la Virgen María, en su advocación de Zapopan, fuese declarada patrona de la arquidiócesis de Guadalajara, a lo que la Santa Sede accedió de manera inusualmente rápida.

Para dar lugar a la formación y preparación de todas las comunidades se decidió que la solemnización de dicha declaración tuviese lugar el 11 de octubre del siguiente año, tal y como ocurrió. Esta decisión vino a fortalecer, desde la estructura oficial de la Iglesia, el culto regional a esta advocación tan estrechamente ligada a nuestra historia, aun si la declaración de este patronato enfrentó indiferencia y a veces oposición en algunos sacerdotes tapatíos, mismos que de igual manera no acataron la norma de situar en todas las parroquias una imagen de la patrona de la arquidiócesis, ni celebrar en sus comunidades la solemnidad anual de este patronato.

Otro fenómeno en cierto modo inesperado fue la notable inmigración que sufrió Guadalajara a partir, sobre todo, de los terremotos habidos en la ciudad de México en 1985, junto con la ya permanente corriente inmigrante que vivía Guadalajara desde años antes. De pronto, en barrios y colonias de la ciudad la presencia de personas venidas de fuera se hacía muy notable, también en los vacíos que producen a la hora de celebrarse las visitas tradicionales de la imagen de la Virgen a las comunidades, ya que estas personas, por su misma procedencia, se sienten ajenas. Quienes han llegado a la ciudad provenientes de los estados del pacífico norte actúan con una mayor capacidad de integración a la cultura local, pero eso no siempre sucede con quienes provienen del centro. En años recientes se ha establecido en Guadalajara una asociación que milita bajo el membrete de

“México Guadalupano” y que ha sido relacionada, con o sin razón, con el ala de la extrema derecha nacional; el hecho es que varios de sus integrantes consideran un agravio el que su devoción no sea todavía la dominante en Guadalajara, desarrollando todo tipo de actividades con ese fin, e inevitablemente colisionando con la devoción local.

### *Los tiempos que corren*

La línea pastoral que sostiene el episcopado mexicano hasta el momento presente sigue anclada en el nacionalismo ideológico religioso del siglo XIX. Basta analizar el documento recientemente publicado (2018) con el cual se pretende ya desde ahora una larga preparación para celebrar el V centenario de las apariciones. A partir sobre todo del número 151 de dicho texto se despliega de nuevo la misma postrura uniformadora y centralista con la cual, al parecer, los obispos se quedaron casados, sin darse cuenta de que han pasado bastantes años y que los tiempos que corren no se definen ya por patrias religiosas nacidas de mega-relatos. El documento en cuestión se muestra incapaz de reinterpretar la realidad religiosa de México desde su pluralidad cultural e insiste en someter su trayecto histórico al calzador único del guadalupanismo, traicionando en cierto modo los principios básicos esenciales de la teología cristiana y de la misma mariología, pero sobre todo traicionando las identidades religiosas regionales que, a juzgar por los autores de ese documento, no han tenido ninguna importancia ni significado. La misma historiografía en que se basan sus interpretaciones se corresponde muy bien con la del siglo XVIII, antes aun de los padres bolandistas y ajena por completo a los grandes avances que esta disciplina ha tenido en los últimos años. Sin duda se apoyan en el hecho de que sus lectores no podrán cuestionarlos y, sobre todo, en el hecho de que quienes sí podrían hacerlo, se interesan poco por este tipo de literatura.

En contraparte, y a iniciativa de las autoridades civiles municipales de Zapopan, se venía solicitando a la UNESCO el reconocimiento de las celebraciones en torno de la Virgen de Zapopan como patrimonio cultural intangible de la humanidad, reconocimiento logrado en diciembre de 2018, mientras que al año siguiente y desde el mes de julio, el departamento de tránsito del gobierno estatal dejaba de brindar su participación en el control del tráfico y la protección de la gente durante esas mismas celebraciones que eran ahora patrimonio mundial ¿congruencia institucional?

### *Conclusión*

No podemos interpretar esta larga historia de dos siglos bajo el concepto de antagonismo de símbolos, sino más bien de resiliencia social en el campo de la señalética cultural que otorga arraigo e identidad, una señalética que de pronto se vio amenazada por otra, la oficial, la nacionalista y centralizadora, que paulatinamente fue captando la atención y el apoyo de personajes influyentes, aún nacidos en esta misma tierra, hasta volverse absorbente y cotidiana en el discurso de maestros y sacerdotes, con mucha frecuencia contrarrestada por el discurso de la gente, de los compositores, de los artistas, los poetas o los novelistas, que como Pepe Guizar no relacionaron a Guadalajara con la Virgen de Guadalupe, tampoco lo hizo Marco Antonio Muñoz ni José Alfredo Jiménez. De igual manera, las memorias de muchos tapatíos o visitantes, como Agustín Yáñez o Eduardo Gibbon, hablan de la Virgen de Zapopan como lo propio de estos rumbos, al margen, como digo, del discurso oficial.

Fueron los introductores del nacionalismo ideológico, y específicamente del religioso, los que generaron con su apuesta un antagonismo antes desconocido. En última instancia, lo que ha hecho falta es un pensamiento objetivo y honesto capaz de

superar la oposición entre devociones, y restablecer la justa jerarquía en el fondo y en las formas a favor de lo propio y original, sin descartar mezquinamente lo ajeno, reconociéndole su lugar e importancia.

Pero sobre todo debemos advertir que en este asunto, nuestra gran incapacidad ha radicado en seguir confundiendo unidad con uniformismo, en no descubrir la riqueza de la diversidad cultural y quererla someter a denominadores comunes que van bien en las matemáticas, pero no en la vida de las sociedades; en olvidar que la fortaleza de un país radica en la fortaleza de sus regiones, y ésta a su vez depende de la fuerza identitaria que posean; olvidar que en un sistema federal no hay centros, sino centros y que, en última instancia, el centralismo mexicano siempre tan vivo y operante ha sido uno de los mayores obstáculos para el desarrollo armónico de la nación.